

EL TESTIMONIO AUTOBIOGRÁFICO EN ANGELICA MENDOZA

Florencia Ferreira de Cassone

Universidad Nacional de Cuyo

CONICET

En la producción historiográfica, el relato de las experiencias individuales propias es uno de los capítulos más fascinantes. A través de esas narraciones se recrea una historia cuya complejidad enriquece el pasado que vuelve en ese relato. Estas narraciones, que a menudo pertenecen tanto a la historia como a la literatura, según sea la intención y la realización concreta de las mismas, se han denominado autobiografías y corresponden al mismo capítulo de las memorias o recuerdos que persiguen un propósito testimonial¹.

En toda autobiografía se recorre un trayecto dominado por el principio organizativo de la búsqueda de los orígenes y de la identidad. En esa narración de los recuerdos personales se opera un proceso que se sitúa en una coordinada espacio-temporal precisa y, paradójicamente, ambigua, porque no siempre se recoge en ella todo lo que le ha ocurrido a un sujeto, ya que gracias a un mecanismo selectivo de la memoria que activa el narrador-autor de su pasado sólo surgen los hechos necesarios para reconstruir una identidad.

Cuando desde nuestro presente leemos una autobiografía, percibimos que la selección de los recuerdos de una personalidad determinada busca, como propósito principal, definir la identidad con que el autor quiere presentarse. No se cuenta todo sino lo que es significativo

¹ LOUREIRO, Ángel G.: "Problemas teóricos de la autobiografía". En "La Autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental", *Anthropos*, 29, (Dic. 1991), 2-8. Ver del autor "Direcciones en la teoría de la autobiografía", y de Darío Villanueva "Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía", ambos en José Romera, Alicia Yllera, Mario García-Page y Rosa Calvet (eds.). *Escritura Autobiográfica*, España, Visor Libros, 1993,15-46. Asimismo, ver el excelente *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, dirigido por Anna Caballé Masforroll, N° 1, 1995, Universidad de Barcelona, como también el N° 2 de 1997 y el N° 3 de 1998, los cuales han venido a llenar un sentido vacío.

para esa imagen que el autor se ha hecho de sí mismo, de acuerdo con una serie de valores que se juzgan ordenados y jerarquizados. De ese modo, hay autobiografías políticas, literarias, religiosas o simplemente de aventuras o peripecias.

Como parte de la historia, en la autobiografía confluyen los factores que impulsan la actividad social, es decir, que en su esencia como sujeto pesa todo aquello que relaciona al yo con su mundo, al individuo con el contorno social dentro del cual dibuja su propio ideal o modelo. En el ámbito de la especulación y la teoría, recuerda Anna Caballé, la crítica norteamericana y la francesa son las principales renovadoras del canon autobiográfico. Así, las nociones de diferencia, otredad, espejismo, sujeto, han logrado sacudir la inercia de prejuicios cuya vigencia parecía no tener fin².

Para el crítico Philippe Lejeune, la autobiografía es un relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo el acento en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad³. En aquello que denomina el "pacto autobiográfico", es decir, en la afirmación de la identidad que se hace en una narración, la historia se separa de la ficción en cuanto la intención de referir, con sinceridad, un conjunto de verdades. Para ello es necesario considerar varios textos autobiográficos: lo que Lejeune denomina un "espacio autobiográfico".

La autobiografía se distingue de la biografía y no es un caso particular de este género, aunque ambos son textos referenciales en cuanto pretenden aportar una información sobre una realidad exterior al texto, por lo cual pueden ser sometidos a una prueba de verificación. Por eso el mismo Lejeune afirma que todos los textos referenciales unen el pacto autobiográfico al que denomina "pacto referencial"⁴.

Esta posición no es aceptada por autores como Georges Gusdorf y Paul de Man, para quienes la autobiografía es más una ficción literaria que historia. Piensan que no hay diferencia entre la creación de un yo y la de un personaje ficticio. Al estudiar la narración

² CABALLÉ, Anna: "Una escritura intransitiva". En *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, op. cit, pp. 5-6.

³ Aunque no elimina algunas confusiones, Philippe Lejeune lleva a cabo una autocrítica de sus textos anteriores en "La pacte autobiographique (bis)", *Poétique* 56 (Nov., 1983), 416-433. Del mismo autor, "El pacto autobiográfico", en *Anthropos*, op. cit., 48.

⁴ *Ibid.*, 51-57.

autobiográfica dejan de lado lo que llaman "elementos extra-textuales" y sólo exploran los "componentes intertextuales".

Para Gusdorf, la metodología histórica ha puesto en crisis la objetividad de la historia, que de acuerdo con las ideas de Michelet y Ranke aspiraba a una resurrección integral del pasado, el cual, afirma este autor, sólo puede llegar hasta el presente perdiendo su naturaleza, en una reactualización que no nos permite descubrir el pasado "en sí", tal como fue, es decir sin nosotros. Cuando uno hace la historia de uno mismo -la autobiografía-, postula la unidad y la identidad de su ser y cree poder identificar el que fue con el que ha llegado a ser⁵.

De acuerdo con este punto de vista, ha surgido la imagen de otro yo y su experiencia es la que se lee en el relato. Pero esta empresa no es objetiva ni desinteresada porque lo que se persigue con el relato autobiográfico es la auto-justificación. En síntesis, dice Gusdorf, la importancia de la autobiografía debe buscarse más allá de los conceptos de verdad y falsedad, puesto que si bien se trata del documento de una vida, también es una obra de arte.

El autor de la autobiografía no está sometido a las exigencias de su material: es su arbitrio seleccionar y optar de modo que prevalezca una determinada versión de su vida. Es su pasado, pero corregido y revisado de acuerdo con su percepción de los valores. Toda autobiografía sólo relata un momento de una vida. Una parte de un todo que se pretende que reflejará el conjunto. En cierto momento, esta recapitulación del pasado es un esfuerzo dramático por adaptarse a un modelo ideal. Más allá de la verdad y la falsedad, toda autobiografía significa el documento de una vida y el historiador tiene derecho a comprobar la exactitud de ese testimonio, porque desde su presente va a reactualizar los valores de ese pasado.

Para Paul de Man la autobiografía consiste en un proceso que permite a un narrador una lectura de su vida: es otro texto más, donde el autor se convierte en el sujeto de su entendimiento. El narrador-lector no puede escapar de los "tropos" y las metáforas que ha utilizado. Es la máscara que de Man define como "prosopopeya", gracias a la cual

⁵ GUSDORF, Georges: "Condiciones y límites de la autobiografía". En *Anthropos*, op. cit., 9-18.

reconocemos en un nombre determinado ese rostro que le hemos dibujado⁶.

Otros autores, como James Olney, parten de un presupuesto diferente: dejan de lado tanto lo formal como lo histórico y tratan de clasificar las diversas interrelaciones entre la vida que se relata -o se imita-en una autobiografía y la facultad de la memoria (o el olvido) que aprehende y construye esa vida⁷. Para estos autores, la recuperación del tiempo pasado es uno de los principales problemas de la autobiografía. Sidonie Smith, por su parte, cree que en las narraciones de mujeres se debe atender a la presión que sobre ellas han ejercido los hábitos y sistemas culturales masculinos, es decir, la "ideología del género"⁸.

A través del relato que una persona hace de su vida, se revela el ideal o modelo que lo inspiró, aunque su intento de encarnarlo haya fracasado, en todo o en parte. Pero ese ideal corresponde a un repertorio de valores éticos y estéticos que de una manera peculiar tiene su contrapartida en la sociedad y el tiempo en que esa persona vivió. Desde tiempos inmemoriales, el relato de las "vidas ejemplares" ha sido uno de los magisterios que ha tenido la humanidad.

Angélica Mendoza

"Cuando, en 1929, entré en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, estaba yo buscando una guía para enfrentar los problemas de la vida y del mundo. La *verdad* era mi más alta ambición y la justicia, mi más profunda demanda". Con estas palabras comienza Angélica Mendoza su *Autobiografía Intelectual*⁹.

Había nacido en Mendoza, el 22 de noviembre de 1889, procedente de una familia de origen sanjuanino. Sus padres eran Alfredo Mendoza Castro, procurador, y Juanita Lucero

⁶ de MAN, Paul, "La autobiografía como desfiguración". En *Anthropos*, op. cit., 113-116.

⁷ OLNEY, James: "Algunas versiones de la memoria. Algunas versiones del "bios": la ontología de la autobiografía". En *Anthropos*, op. cit., 33-36.

⁸ SMITH, Sidonie: "Hacia una poética de la autobiografía de mujeres". En *Anthropos*, op. cit., 93-98.

⁹ "Autobiografía Intelectual". En: Florencia Ferreira de Cassone, *Angélica Mendoza: Una vida en la Tormenta*. Con una Antología de sus Textos. Mendoza, Editorial de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.C., 1996, pp. 39-42, p. 39. Las citas mencionadas en el texto corresponden a la "Autobiografía Intelectual".

Fernández. Angélica era la mayor de cinco hermanos. Apenas egresada, trabajó como maestra en Mendoza pero su interés por la docencia estaba cargada de preocupaciones sociales y se sumó a la incipiente acción gremial de los maestros de Mendoza.

En Mendoza se vivía la etapa del gobierno del "lencinismo" (José Néstor y Carlos Washington Lencinas) y los maestros, agremiados en la Asociación de Maestros provinciales y nacionales, publicaban el periódico "ideas", dirigido por la maestra española Rosario Sansano. Crearon el ente "Maestros Unidos", cuya dirección fue asumida por Florencia Fossatti y Angélica Mendoza asumió la Secretaria General. Para reclamar el pago de sueldos, organizaron la primera huelga general de la Provincia (1919). Desde Córdoba llegó una delegación de estudiantes partidarios de la "Reforma Universitaria" y la Liga Nacional de Maestros envió a Mendoza, desde Buenos Aires una representación en la cual figuraba Rodolfo Ghioldi, miembro del grupo Comunista, quien logró la adhesión de la joven Angélica.

El conflicto docente inició una segunda huelga general y el gobierno detuvo a Florencia Fossatti y a Angélica Mendoza, amarga experiencia que ella volcó en su crónica novelada, *Cárcel de mujeres*¹⁰. Por esta vía adhirió al Partido Comunista (1920) y fue vicepresidenta del congreso de constitución del partido en Mendoza. Ahondó su militancia, se abrió paso en el núcleo dirigente, tomó parte en los debates ideológicos y en 1925, fue una de los protagonistas de la escisión que condujo a una agrupación nueva: el Partido Comunista Obrero.

En las filas de los revolucionarios había logrado una de las metas que entonces se propuso: la unión de los estudios teóricos con la acción política y su significación fue tan notable que dirigió su órgano periodístico, "La Chispa". Impuso la fuerza avasalladora de su personalidad y cuando su Partido se presentó, en 1928, a una elección presidencial, fue designada candidata a la Presidencia de la República.

Sin embargo aquellos sueños se fueron desvaneciendo, se sintió decepcionada y defraudada por una acción política cuya escasa significación y perspectivas eran inferiores a sus

¹⁰ *Cárcel de mujeres*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1933. Cfr. Benito Marianetti. *Las luchas sociales en Mendoza*. Mendoza, Cuyo, 1970.

intensos proyectos personales. En 1929 se disolvió el Partido Comunista Obrero y Angélica Mendoza renunció a su militancia para consagrarse a su vocación más fuerte: la intelectual, centrada en el estudio de la filosofía, la sociología y la pedagogía¹¹.

Inclinada al estudio y a "la búsqueda del conocimiento del desarrollo de la conducta humana enderezada a una mejor comprensión del destino y de la condición del hombre", entró a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y se recibió de Profesora de Filosofía (1938). Sin embargo, no había abandonado sus ideales y cuando se fundó la Liga Anti-Imperialista, y se realizó en Amsterdam (1932) un congreso internacional, fue designada delegada argentina. Participó activamente en aquella convocatoria y conoció a los líderes de la izquierda internacional, tales como Vittorio Codovilla, el principal agente soviético en la Argentina y al peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. En París asistió a las clases de Psicología de George Dumas y de Pierre Janet y en Alemania, Suiza e Italia estudió las nuevas corrientes en la sociología y la pedagogía. También fue testigo de los movimientos revolucionarios europeos: el socialismo y el comunismo en Alemania y Francia y el fascismo en Italia.

A esta altura de su vida estaba convencida de que la revolución política carecía de sentido y viabilidad, del mismo modo que no armonizaba con su temperamento libre, reacio a los dogmas y a la obediencia que imponían los partidos de izquierda y, en particular, el Comunista. Pero también su interés inicial por la filosofía idealista y el marxismo, se transformaron a medida que enriqueció y profundizó sus lecturas y estudios. Se inclinó por la pedagogía y decidió especializarse en el Instituto de Ciencias de la Educación (1940). Buscaba, como ella refiere, "una guía para enfrentar los problemas de la vida y del mundo. La verdad era mi más alta ambición y la justicia, mi más profunda demanda".

¹¹ Ver entre otros, Oscar ARÉVALO, *El Partido Comunista*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983; Osvaldo COGGIOLA, *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina 1985; José RATZER. *El movimiento Socialista en Argentina*. Angora, Buenos Aires, 1981. Emilio J. CORBIÉRE. *Orígenes del comunismo argentino*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984. Rubens ISCARO. *Historia del movimiento sindical*. Fundamentos, Buenos Aires, 1973. Pablo LACOSTE. *El socialismo en Mendoza y en la Argentina/1*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993. Jorge Abelardo Ramos. *Historia del Stalinismo en la Argentina*. Mar Dulce, Buenos Aires, 1969. Jorge A. WARLEY. *Vida cultural e intelectuales en la década de 1930*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.

En esta etapa (1941) estaba definido su cambio político en la línea del pensamiento Liberal, donde había un sector próximo a la izquierda en el cual ella se había formado. Se aproximó, entonces, al grupo de la Revista *Sur*. Fue decisiva su amistad con Victoria Ocampo, quien llegó a sentir una gran admiración por Angélica Mendoza, tanto por su inteligencia, carácter y autenticidad como por el interés que ambas tenían por la situación de la mujer.

En esa línea se acercó a la Unión Panamericana, que había iniciado una campaña continental por el mejoramiento del estado social, político y legal de la mujer, apoyada por Eleanor Roosevelt, que gozaba de un amplio espacio de poder político y cultural. En Buenos Aires funcionaba la Comisión Interamericana de Mujeres y Angélica Mendoza fue nombrada Secretaria Internacional. La actividad que desplegó en este cargo, le valió el nombramiento de "mujer más sobresaliente de América Latina" que le concedió la General Federation of Women's Clubs, en 1941. Como escribió más tarde: "estaba interesada en el tema de la situación de la mujer, en mi país y en el continente americano, porque estaba convencida que uno de los males de nuestra sociedad latinoamericana era el de la condición subordinada de la mujer y su peso de desigualdad social".

Aunque el movimiento feminista argentino todavía no tenía una gran gravitación en el medio social, contaba con personalidades relevantes, que representaban un extenso abanico de objetivos y concepciones culturales y políticas, como Mariana y Fenia Chertkoff, Alicia Moreau de Justo, Julieta Lanteri, Gabriela Laferrière de Coni, Victoria Ocampo, Ana Rosa Schlieper de Martínez Guerrero y María Rosa Oliver. Estas mujeres coincidían, en líneas generales, en luchar por los derechos específicos de la mujer.

La actividad intelectual de Angélica Mendoza era intensa. Tradujo, en aquella época, la *Filosofía del Derecho* de F. Hegel (1938), y el *Discurso del método y reglas para la dirección del espíritu*, de R. Descartes. Posteriormente, también lo hizo con las obras de Malebranche, *Meditaciones cristianas y metafísicas*, y de Lucien Henry, *Orígenes de la religión*. Escribió ensayos sobre temas filosóficos y sociales, desde una perspectiva más rica que la científica y puramente antropológica y dio a conocer sus nuevas ideas en artículos y conferencias, varias de ellas pronunciadas en Mendoza. Su vocación pedagógica la llevó al estudio de John Dewey y las ideas norteamericanas, de quien escribió *Líneas fundamentales de la filosofía de John Dewey*.

La experiencia en Estados Unidos

Decidida a profundizar en el sistema de valores de la cultura norteamericana, emprendió "un examen completo del pensamiento americano y de su trasfondo social e histórico. El programa de la Universidad de Columbia armonizaba perfectamente con mis propósitos". Obtuvo una beca para estudiar en esa casa de estudios y en 1940 viajó a los Estados Unidos. En Columbia pasó "uno de los [años] más felices de toda mi vida".

Tuvo grandes maestros en Filosofía y Ciencias Sociales, "quienes me ayudaron de un modo notable a comprender las complejidades de la historia intelectual americana". Se incorporó al núcleo de los estudios hispanoamericanos, liderado por Federico de Onís, patriarca de esta actividad, que había convertido dicho centro en el más importante de los Estados Unidos. También conoció al colombiano Germán Arciniegas, al español Francisco García Lorca, a cargo de la *Revista Hispánica Moderna*, a Luis Reissig, argentino, de la Unión Panamericana, al mexicano Ermilo Abreu Gómez y al cubano Eugenio Florit.

Y otra vez, nuevamente, "los problemas que me fascinaron fueron los relativos a la prosecución de los más altos objetivos que llenan la vida de significación". En 1942 con una beca de la Nueva Escuela para la Investigación Social, estudió las tendencias contemporáneas en filosofía y obtuvo su doctorado en la Universidad de Columbia. Su tesis, *Fuentes del pensamiento norteamericano*, unánimemente aprobada, fue la primera tesis escrita en español que se aceptaba en el Departamento de Filosofía¹².

Enseñó en varios Colleges, donde introdujo "los estudios de cultura latinoamericana, lo cual prolongué hasta 1947, año en que dejé Sarah Lawrence para trabajar en el Brooklyn College". Quería estar en contacto con las nuevas corrientes del pensamiento que aspiraban a mejorar a la mayoría en un mundo perturbado. El sistema de valores norteamericanos, tanto sociales, como políticos y culturales, eran para ella los mejores, del mismo modo como el puritanismo era un valor cultural en el plano social y temporal. Confiaba, con una

¹² *Fuentes del pensamiento de los Estados Unidos*. México, El Colegio de México, 1950.

actitud progresista, en el perfeccionamiento social del hombre, y pensaba que esa perfección llegaría a nuestros países por la incorporación de valores culturales norteamericanos.

Trabajó en la oficina neoyorkina del Coordinador de Asuntos Interamericanos, Nelson Rockefeller, y paralelamente en la División de Idiomas de la Comisión de Asuntos Sociales y Económicos de las Naciones Unidas y formó parte de un Proyecto de Educación Fundamental en beneficio de la comunidad de indios tarascos y de maestros rurales en México.

Volvió a los Estados Unidos con una beca concedida por el IPGH de México (con ayuda de la Fundación Rockefeller), para escribir sobre las ideas contemporáneas en los Estados Unidos. De esos estudios surgió su libro *Panorama de las Ideas contemporáneas en los Estados Unidos*, publicado por el Fondo de Cultura Económica¹³.

Semejante a la labor desplegada en la Argentina en sus años juveniles, Angélica Mendoza tuvo en los Estados Unidos, una intensa actividad intelectual y periodística. Publicó en la *Revista Hispánica Moderna* de Nueva York, un trabajo sobre *Guillermo Enrique Hudson (1841-1922)*; varios ensayos sobre temas filosóficos, referidos a la obra de John Dewey; *Notas sobre la Filosofía de Francisco Romero* "Libre pensamiento y humanitarismo en los Estados Unidos", "¿Una crisis de la modernidad?"; "Estados Unidos y su épica" y otros¹⁴. Sin embargo, fueron los temas educativos y sociales los que motivaron su mayor dedicación en los años de su madurez, pues como lo destaca en su *Autobiografía*, "estaba pronta para cualquier programa en favor del buen entendimiento entre los dos mundos culturales del continente americano, para una mejor comprensión de sus instituciones y del sistema de valores".

Los Estados Unidos, pero muy especialmente Nueva York, tuvieron una influencia extraordinaria en la vida y la obra de Angélica Mendoza. No sólo cambió su concepción del mundo sino que la experiencia intelectual y humana que llevó a cabo, representó para ella

¹³ *Panorama de las ideas contemporáneas en Estados Unidos*, México., Fondo de Cultura Económica, 1958.

¹⁴ En *Angélica Mendoza: Una vida en la Tormenta*, op. cit. P. 41.

el nuevo modelo de acuerdo con el cual debía proponerse el progreso social de Iberoamérica, la Argentina y, desde luego, Mendoza.

Regreso y tránsito final

Esta trayectoria se interrumpió en 1955. En septiembre de ese año una revolución militar puso fin al Peronismo y quiso regresar a la Argentina, especialmente a Mendoza. Tenía 60 años y volvía a Mendoza, como a un mundo pequeño, pero lleno de afectos. Salió de su provincia perseguida y rechazada.

Apasionada, enérgica y decidida, rechazó la sumisión de las mujeres de su medio, porque pensaba que podían ascender de condición y aspiraciones. Con ese propósito llevó a cabo una actividad en favor de la mujer, de acuerdo con las ideas que defendía en ese sentido. Casi en las vísperas de su viaje a la Argentina, en 1954, escribió ese testimonio al cual nos hemos referido: su *Autobiografía*.

El texto, sin embargo, a nuestro juicio, quedó incompleto, como fragmento de un documento mayor. Al comienzo del mismo, sus recuerdos omiten la actuación que le cupo en la política argentina. Pero no lo hizo, creemos, por su condición de mujer, sino por razones de interés personal. En primer lugar, porque era una experiencia negativa y en segundo lugar, porque en esos años estaba en pleno desarrollo la Guerra Fría, y ella había optado por la vía liberal y democrática. En ese contexto, la confesión de la militancia en el Partido Comunista la perjudicaría, pero a la integridad de su personalidad seguramente le repugnaban las abjuraciones públicas de su conducta anterior, gesto que podía parecer oportunista, por lo cual optó por silenciar el hecho.

El historiador José Luis Romero y su hermano, el filósofo Francisco, intervinieron para conseguirle una posición en la Universidad Nacional de Cuyo. Ante el requerimiento de los Romero, la Universidad le ofreció las cátedras de Introducción a la Filosofía y Sociología, en la Facultad de Filosofía y Letras, hecho que le permitió instalarse nuevamente en su ciudad natal.

También dictó, por cierto tiempo, las de Antropología Filosófica y Filosofía de la Historia, en la misma Facultad y en la Escuela Superior de Estudios Políticos y Sociales enseñó Sociología, disciplina que concitó su interés en sus últimos años. Sus trabajos sobre Psicología Social entre los internados en la cárcel (1958), y la investigación práctica de trabajadores migratorios, de acuerdo con la sociología experimental, representaron el aporte de métodos, bibliografía y enfoques renovadores en nuestro medio.

Escribió artículos sobre los Estados Unidos, e impresiones de viajes por países hispanoamericanos, cuya realidad y problemas le interesaban cada vez más. Pero al igual que sus libros publicados en México, confirmaron el prestigio intelectual de su autora. Asistió a Congresos Internacionales de su especialidad, delegada por la Universidad Nacional de Cuyo, en Frankfurt y en Venecia (1958).

Fue una mujer de gran personalidad, sin prejuicios, ni inhibiciones y de una notable apertura intelectual, que comenzó buscando su yo no en el orden filosófico, sino en el de la vida social y política. Lo intelectual fue un despertar tardío, cuando había fracasado su actividad práctica política. Conocedora de las limitaciones de la naturaleza de las condiciones sociales, su fe absoluta en la ciencia y en el poder del hombre para resolver los problemas fundamentales de la humanidad, se había debilitado. Así lo atestiguó en su *Autobiografía*: "Como joven que ha crecido entre guerras y revoluciones y que era tan ansiosa y curiosa como para investigar, en la vida real, la naturaleza y el alcance de la infelicidad humana, yo estaba bajo la tensión y la presión de una complicada experiencia de! mundo".

La indefinición y mixtura de la identidad de Angélica Mendoza se traduce en su trabajo de escritora. Siempre se producirá en géneros mixtos, a caballo entre la filosofía, la historia y la sociología, la crónica, la reflexión ensayística y la crítica de textos. Pero más que todos sus méritos intelectuales y literarios, que fueron muchos, fue su personalidad la que le valió el recuerdo y el reconocimiento de cuantos la conocieron en su vida peregrina que terminó el 5 de febrero de 1960.